

Los enemigos del orden son los que nos acusan

A pesar de la rigurosa censura que se ejerce, según parece, en todo Brasil después del último golpe de estado, hemos podido ver reproducido (ICI, 5-I-69) el discurso pronunciado el 15 de septiembre por el obispo Dom Helder Camara en Belo Horizonte con ocasión de apadrinar una promoción de ingenieros.

He aquí el texto de su discurso.

No faltan personas que creen que se prepara en el Brasil una crisis sin precedentes en las relaciones entre la Iglesia y el Gobierno.

No sería un abuso por mi parte el recordaros las bases firmes sobre las que se asientan los puentes sólidamente establecidos entre el pensamiento cristiano y el pueblo brasileño del cual el Gobierno debe ser su expresión.

Los Ingenieros, símbolos de la idea de construcción, necesitan una paz auténtica para poder trabajar. Todo el Brasil quiere progresar y no puede inmovilizarse en la intriga, la sospecha, la incertidumbre.

Voy a intentar, yo que deseo aportar mi colaboración a un orden auténtico, a un orden que no ampare injusticias, recordaros ciertas verdades oscurecidas y ciertas intenciones

olvidadas. Estoy seguro, amigos míos, que a pesar de vuestra especialización en la construcción material del país, no despreciaréis el conocer las ideas, las discusiones del pensamiento, que constituyen la construcción espiritual del mismo.

Los verdaderos agentes de la subversión son los que nos acusan.

¿Quiénes son los verdaderos subversivos? Sin la menor intención polémica, pensando tan sólo en aclarar nuestro camino, permitidme comenzar por mostrar el error de aquellos que nos califican de subversivos, de agitadores, de enemigos del orden: sin querer, sin saberlo, sin darse cuenta siquiera, los enemigos del orden, los agitadores, son aquellos que nos acusan.

De los 90 millones de brasileños, hay 45 millones que no tienen ni siquiera 36 cruzeiros nuevos para ir tirando (que no llegan a \$ 10.00).

De cada 100 brasileños tan sólo trabajan 22. De cada 100 familias que viven en el Brasil, hay 70 familias que no perciben ni siquiera el salario mínimo. De los 400 millones de hectáreas que representan la suma de....

3.800.000 propiedades inscritas en el catastro del Brasil, cerca de la mitad, con un total de 180 millones de hectáreas, pertenecen al 1% de los propietarios.

¿Se puede hablar de orden ante semejante cuadro? Mantener esta situación, ¿es mantener el orden o perpetuar el desorden, la injusticia, fuentes del odio? Es claro que se plantea inmediatamente el siguiente comentario: aun admitiendo la existencia de grandes injusticias que hay que corregir, desórdenes que hay que reparar, con todo es peligroso el actuar demasiado deprisa. Es la gran objeción que se hace a la concientización: porque es más fácil y más rápido el concientizar a las masas, el ayudar a hacer que abran los ojos, que el hacer reformas. Y si, a pesar de ello, nos dedicamos al trabajo de concientización, sentamos nota de subversivos y, como resultado de nuestro trabajo, una clase se lanzará contra otra y haremos el juego a los comunistas.

Existe en este razonamiento toda una serie de equívocos. Es ilusión el pensar que si no abrimos los ojos a las masas, continuarán con sus ojos cerrados. Hoy, con los transistores, la televisión, la prensa, los aviones, los camiones, todo lo que sucede en las partes más remotas del mundo repercute en regiones que todavía hace poco parecían inaccesibles. Es imposible seguir con los ojos cerrados. Y ay del cristianismo si las masas se convencen de haber sido traicionadas por una Iglesia tímida ante el gobierno y comprometida con los poderosos!

Hay algunos que se estremecen de horror al pensar en un cambio brusco, en una revolución, y quieren que la Iglesia defienda una evolución lenta. Pues bien. nunca se recordará lo bastante la afirmación de Pablo VI en su Encíclica "Populorum Progressio": "El desarrollo exige transformaciones audaces, profundamente innovadoras; hay que hacer reformas urgentes sin tardanza".

Cuando un país tiene a cuestas cinco siglos de injusticias, los que hablan de este tipo de evolución lenta muestran su indiferencia ante el hombre, la miseria, las injusticias que estamos viendo a nuestro alrededor.

El secreto para poder huír de la revolución armada, consiste en no tener miedo a la palabra "revolución", entendida en el sentido de cambio profundo y rápido. Si los cristianos creen, como se dijo en Medellín, en la fecundidad de la paz para llegar a la justicia, creen también que la justicia es la condición para llegar a la paz.

Sería necesario mucha mística y mucha habilidad para probar que es posible promover una revolución en la paz, sin violencia; y tan sólo mediante la presión moral conseguir cambiar las estructuras socio-económicas y político-culturales con valor y firmeza, pero sin efusión de sangre.

Torturas y guerrilleros.

El espíritu primario o la mala fe llevan a publicar en la prensa escrita y hablada acusaciones ridículas.

A veces tienen la apariencia de hechos indiscutibles y convincentes, no para el pueblo (que está más despierto de lo que se cree) pero sí para aquellos interesados en creer lo que les conviene.

Según noticias publicadas en algunos diarios, se dice que un sacerdote confesó en la prisión, entre otros hechos, la existencia de 40.000 guerrilleros en el nordeste brasileño.

Los autores de estas mentiras no se dan cuenta de que una información tal es gravemente ofensiva para el mando militar responsable de esta región: y que con ellas se les extiende un certificado de ineptitud total; porque es difícil admitir que puedan formarse en el Nordeste un número tal de guerrilleros que equivalga a la sexta parte de todo el ejército nacional.

El amor a la verdad nos lleva a emitir una opinión clara: es imposible por desgracia creer las declaraciones atribuidas a prisioneros, cuando se sabe que la tortura no constituye un hecho inédito en este país.

Todo el mundo sabe el modo cómo se obtienen esta clase de declaraciones. Después de cuarenta horas de intensa luz sobre los ojos, de amenazas y promesas, de guerra de nervios, de hambre y de sed, ¿qué valor se puede atribuir a todo lo que se obtiene por un lavado del cerebro digno de la autocrítica impuesta por el comunismo o de los célebres procesos del Estado nazi?

Más deplorable aún es el estado de espíritu de los que interrogan, de los que informan, de los que juzgan y de los que condenan.

Se tiene la impresión de que el régimen capitalista es por sí mismo sinónimo de libertad, de bienestar económico, de democracia. La religión se acepta y se honra en la medida en que ella honra nuestra ideología. Si la Iglesia osa denunciar las injusticias, reivindicar los derechos de los trabajadores, hacer alusión a situaciones infrahumanas, al punto se hace sospechosa.

Si la Iglesia piensa en cambios de estructuras, si va contra los trusts internacionales, se la considera como traidora al Evangelio, infiltrada de comunistas, portadora de la subversión, muy peligrosa!

Es infantil y poco realista pensar que el socialismo es la encarnación anticipada del Anticristo y que el capitalismo es casi la traducción económico-política del cristianismo. Hoy no hay ni capitalismo ni socialismo en singular. Hoy existen capitalismos y socialismos.

Los EE. UU. y la URSS se hallan mucho más cerca que lo que piensan los anticomunistas. No es casualidad el que en las dos veces que el mundo subdesarrollado (África, Asia, América Latina, el Tercer Mundo en fin) compareció ante el mundo desarrollado, primero en Ginebra y luego en Nueva Delhi,

encontrara por parte de la URSS una frialdad y un egoísmo iguales a los de EE. UU.

Cuando contemplamos el mundo de hoy y buscamos un modelo para el Brasil, no vemos la respuesta a nuestros problemas y a los de América Latina en las soluciones propuestas por el capitalismo y el neo-capitalismo. El régimen capitalista acaba siempre por engendrar trusts cuyo poder se hace excesivo y peligrosamente fuerte. He aquí algunos datos que nos hablan con una elocuencia abrumadora. Han sido publicados en 1967 por la "International Financial Statistics":

En 1965, una sola empresa norteamericana, la Federal Motors, tuvo un volumen de ventas de 20.700 millones de dólares, o sea diez veces el presupuesto del Brasil para el mismo año. En 1965 igualmente las cinco empresas norteamericanas más grandes (la General Motors, Ford, General Electric, Standard Oil y Chrysler) tuvieron un volumen de ventas de 55.255 millones de dólares, o sea siete veces los presupuestos reunidos del Brasil, Argentina, México, Chile, Venezuela y Colombia, los cuales no alcanzaban en ese año sino a 8.177 millones.

Hay gentes a las que entusiasman semejantes colosos y que ven en estas cifras la prueba definitiva de la superioridad de la iniciativa privada. Añaden que en estos países hay un gran número de accionistas, los cuales son los verdaderos propietarios de estas organizaciones. Pero si existen pequeños accionistas, no es menos evidente que el control se halla ejercido por grupos muy restringidos, cuya influencia desborda al mundo económico para utilizarse en la política, y llegar casi hasta lo judicial, a las fuerzas armadas (a través de la fabricación de las máquinas de guerra más modernas y más costosas y de los vehículos espaciales), a las universidades (a través de las fundaciones, bajo pretexto de estimular la investigación científica). Estos grupos controlan también a la prensa escrita y hablada, sin olvidar a las agencias de publicidad y a las agencias de información.

Cuando estos super gigantes alcanzan la automación en su país, tienen necesidad de abrir en otros países de América Latina, incluso en el Brasil, filiales a las que trasladar sus viejas máquinas, demasiado caras pero ya defectuosas (como ocurre también en el mundo militar, donde hace falta tener aliados, a los que se pueda enviar armamentos muy modernos pero, de hecho, ya anticuados).

Es evidente que para muchos se encuentra aquí la última o la penúltima razón de nuestra seguridad social: o bien nos ponemos a la sombra del buen gigante del Norte, o bien caeremos bajo las garras del oso polar. Para muchos es infantilismo político el pretender, como nosotros pretendemos, dejar de ser un satélite de EE. UU. sin por ello caer en la órbita de la URSS. Cuando luchamos por una integración latinoamericana, no luchamos para unir el mercado común latinoamericano ni a la super-potencia capitalista ni a la superpotencia socialista, las cuales están, lo repito, más cercanas la una a la otra de lo que se cree.

Se ha repetido que deseo transformar al Brasil en una especie de Yugoslavia o de Checoslovaquia. Estas noticias interesan mucho al poder económico.

Sin embargo, mi pensamiento, expuesto frecuentemente, es muy diferente. Ya he dicho, y lo repito, que ninguno de los modelos socialistas actuales —y recuerdo que existe un socialismo inglés, sueco, israelita, africano, y otros muchos— puede ser trasplantado a América Latina. Es preciso descubrir modelos apropiados a nuestra realidad. Es verdad que siguiendo el pensamiento del querido P. Lebrez nuestro camino se halla en la línea de un socialismo que no sea un muñeco en manos del estado o de un partido único, sino que proteja a la persona y a la comunidad.

El día en que la seguridad nacional se considere sin sujeción a ninguna superpotencia. El día en que tengamos el valor y la confianza de ser nosotros mismos. El día en que crea-

mos en la fuerza de las ideas y de la justicia y en que nos decidamos a exigir pacíficamente el cambio de las estructuras socio-económicas y político-culturales que son la desgracia de nuestro país y de nuestro Continente, entonces ya no estaremos al comienzo del fin, sino al fin del comienzo.

La marcha será difícil y árdua. Pero tendremos la luz y estaremos puestos a colaborar efectivamente con nuestros hermanos del mundo para el desarrollo solidario de la humanidad.

Reconozco que siento una gran esperanza de que las proposiciones que hoy formulo hallen eco en la juventud. Permitidme decirlos —no por mí sino por nuestras ideas— que me siento extraordinariamente emocionado de haber sido invitado a apadrinar cuarenta y dos promociones de Escuelas Superiores. Si pudiera, estaría presente en cada una de ellas. Todas estas invitaciones obedecen a una razón: la juventud está con nosotros, lo que significa que esta bandera tiene el porvenir en su favor. Ese mañana que comienza hoy.

Minas Geraes: permitidme esta tarde recordar la figura de uno de tus más grandes hijos, cuyo ejemplo es siempre necesario a todos los brasileños. Me refiero a José Joaquín da Silva, el "Tiradentes".¹

No saquéis la consecuencia de que vengo a sublevar Minas Geraes. No evoco la figura del "Tiradentes" para repetir la conspiración fracasada; quiero retener de él el amor a la patria, la fe en el destino del Brasil, la certeza de que para sobrevivir no necesitamos ser una colonia.

De aquí en adelante abramos nuestras puertas a la luz de los proyectores, tomemos la bandera del "Tiradentes". Nos hallamos exactamente a la hora: la hora de la liberación.

1.—José Joaquín da Silva Xavier es un héroe brasileño. Organizó un movimiento de liberación de Portugal en el Siglo XVIII, movimiento que fracasó y el "Tiradentes" (dentista) fue ejecutado en Minas Geraes.